

Michaux, el buen combatiente

Andrea Zanzotto

Traducción: Ernesto Hernández Busto

Inútil traducir a Michaux, inútil, incluso, leerlo, si él mismo admite que sus "propiétés" pueden ser sólo de unos pocos otros, si él, aun recientemente, saliendo de una reserva siempre observada con obstinación, ha afirmado que sus "dos mil" lectores de hoy testimonian, sobre todo, su hundimiento, y le imponen una "separación", un corte, para regresar a los "doscientos" que lo seguían hace tiempo. Parecería una posición históricamente superada, en realidad se trata de una forma de coherencia que tiene razones precisas también hoy. Enfermedad, ciertamente, esa de Michaux, pero una enfermedad necesaria para aquilatar la consistencia de la salud. No existe verdadera salud si esa enfermedad no ha sido aceptada, puesta a prueba, y vencida. El aislamiento tiene un tinte caritativo: no es necesario que todos afronten la experiencia destructiva, bastará que alguno se arroje, que se sacrifique, también por los otros, si se quiere. En Michaux vive todavía un signo del orgullo pionero de las viejas generaciones, el orgullo de un "mal" que se siente más allá de todo "bien" claudicante y descolorido, de cualquier salud "decente". Pero todo esto sería poco, hay en él como una furia implacable, un querer descender, no para ser vencido, sino para vencer, un querer contagiarse de la enfermedad para demostrar que ésta nunca podrá prevalecer. Una lucha en dos frentes, entonces; de una parte, contra los naifs y los falsos doctores, de la otra, contra las potencias infernales, los "Rois"; una lucha que se identifica con el movimiento, con la áspera agudeza de un alma que se disuelve en llamas, en grumos, en mecanismos, que se concede y se vuelve campo de batalla, que se deja chupar desde el interior y el exterior, que se deja pluralizar, deformar en pesadilla: y que, sin embargo, continuamente se niega a esas operaciones y permanece toda recogida en sí misma, en su consciencia, en su humanidad, en su voluntad de victoria.

Ha sido notada la diferencia que media entre las posiciones de Kafka y aquella de Michaux, aun en su aparente convergencia. Mientras que las personas kafkianas están totalmente condicionadas y admiten, incluso en la angustia, aquello que las condiciona, y el plano patológico es aceptado poco a poco como normal, en Michaux lo patológico está siempre circunscrito por un juicio que no se deja dominar, que es acogido sólo bajo la condición de una lucha continua, de una continua crítica ejercitada contra ello a través también de una dura ironía. Michaux no se deja atrapar nunca por la psicosis del aprendiz de brujo, considerando además que ha encontrado la ruina, la deformación, en la propia alma, como un dato anterior a cualquier búsqueda. El "Roi" es aceptado porque representa un "medio de endurecimiento" porque es el polo opuesto, el vacío, el no que dará fuerza, una fuerza definitiva, a la afirmación, a una fijeza más clara de lo humano. Ni en la quietud de una superación dialéctica, ni en la angustiada resignación de Sísifo, ni en el tremebundo "mea culpa" de los K., sino en una renitencia sin tregua, iracunda, con pocas esperanzas pero convencida de la propia nobleza, radica el sentido del hombre para Michaux. Así, al dato deshumanizante que lo asedia o lo invade, Michaux contrapone una consciencia activa que, transformándose como Proteo, salva siempre la figura del buen combatiente.

Él no es un "caballero inexistente", no está para nada dispuesto a hundirse. Es uno que muerde manos, que muerde tentáculos, que levanta la cabeza, que pronuncia frente a los demonios catatónicos y los dioses su insistente "yo soy".

Un continente de arenas movedizas, una objetividad hipnótica, segura, provista; o bien la fantasmagoría inventiva de las drogas, los "segundos estados", las quimeras: éstos son los términos entre los cuales puede desarrollarse una historia humana, una historia de hoy. En todos y cada uno de los extremos está el fin de la persona, del "yo-soy". De Michaux se suele subrayar sobre todo el experimento límite en la dirección de la interioridad, pero habría que hacer notar cómo él mismo ha sentido o presentido también, más que otros, la amenaza de la "objetividad", que por lo demás, en los términos en que ha sido planteada actualmente (recordemos a propósito el bello ensayo de Calvino en la revista *Menabò* 2), en nada se diferencia de los fantasmas delirantes de la

dirección opuesta. Se trata sólo de un cambio de signo. Es siempre el alma quien decide la existencia de tal objetividad, del alma nace la mistificación, en ella radica la elección de un cierto aprecio de lo humano. Considerar el rostro humano al nivel "del microscopio", al nivel "atómico molecular", nos conduce a una distancia similar o mayor del rostro humano que el considerarlo bajo el influjo de la psilocibina. El hombre nunca es sofocado por el objeto, sino por la imagen que se hace de él: como aquella señora que, llegada a Inglaterra desde América, sufría crisis de asfixia porque le parecía que Inglaterra era demasiado pequeña...

Hará falta entonces no confundir, distinguir varias clases de grandezas homogéneas, jerarquizarlas, tener fe en un punto de referencia al menos, en un primer momento, convencional; aquel de un "yo" del cual se jura que habla de sí mismo, y que se diferencia del mundo y de los otros. Precisamente Michaux, quizá más cavilosamente que cualquiera, ha sentido la obsesión por la vida informe del objeto, por la naturaleza física, por el cuerpo, por las células del cuerpo, por los "jugos" que condicionan el espíritu de manera más o menos evidente. Sin embargo, ha sabido prestar atención al "grito" difícilísimo de la "objetividad": bastaría recordar aquella página suya sobre esos "alfabetos esenciales" que son las imágenes del mundo, imágenes que inevitablemente se trocan en ideogramas, suprema vendimia de un logos que penetra los abismos de la res extensa.

Es difícil aferrar el sentido concreto de un camino como el de Michaux, que sobreentiende, como punto de partida, una especie de privilegio negativo incluso de naturaleza biológica. Es difícil aprehender los momentos de un desarrollo gracias al cual su "magia" originaria, encuadrable inmediatamente, clasificable como una "interesante" experiencia-variación sobre la línea Lautréamont-Rimbaud, (con obvias ascendencias a Sade y a Rabelais) se ha transformado, encontrando su vocación sin referencias, en una disposición a hacer del hombre un conejillo de Indias, una sonda, incluso en el estrecho significado científico de los términos. Michaux ha sabido realmente ponerse al día, en su querer ser instrumento de indagación, sondaleza de lo humano en los límites de lo humano. En el calor que brota del arco voltaico de este sacrificio, uno de los hombres más enredados en los in-

fiernos oníricos del yo se convierte en el más dispuesto, en definitiva, a cualquier prueba con tal de restablecer contra el yo fugitivo, en disolvencia (como afirma Haug que sucede con el exceso de la auto-observación), la plenitud de la vigilia, del autocontacto que domina y se domina, de la totalidad humana. Y no nos quedemos en “este” modo de ser humanos, cuyo sentido está destinado todavía a reaparecer al final de la búsqueda (¡y con qué autoridad, entonces!) sino más bien en todas las formas de “humanidad” que los encuentros, ayer con los “phantasmata”, hoy con las sustancias psicotrópicas, con los dioses de la química, parecen abrir.

Una partida desde los quimismos* bastante estériles de la palabra o desde los estados de ánimo suscitados con hechicerías bastante “tradicionales”, o descubrimientos como resultado de alteraciones de la cenestesia, toda una verdadera ciencia-ficción del “espace du dedans”, encuentra poco a poco su confirmación en la ciencia y se dispone a servir a la ciencia: para llegar, sin embargo, a servirse de ella. Un campo psíquico en ruptura constitucional con la convención “salud” se dispone a colorearse de “psiquismos inducidos”, a renacer idéntico y diverso (“Ueber psychische Ganzheit”: como en el relato *Flores para Algernon*, de Daniel Keyes...). Así avanza el hombre *katá* mescalina o *katá* psilocibina, ese Michaux de hoy que parece responder a la aspiración del Michaux que lamentaba, mucho tiempo atrás, la imposibilidad de describir los estados límite, o extra moenia. Con el diario de Renée, con las experiencias de Antonin Artaud, aparece también la “gesta mescalinae para Michaux”...

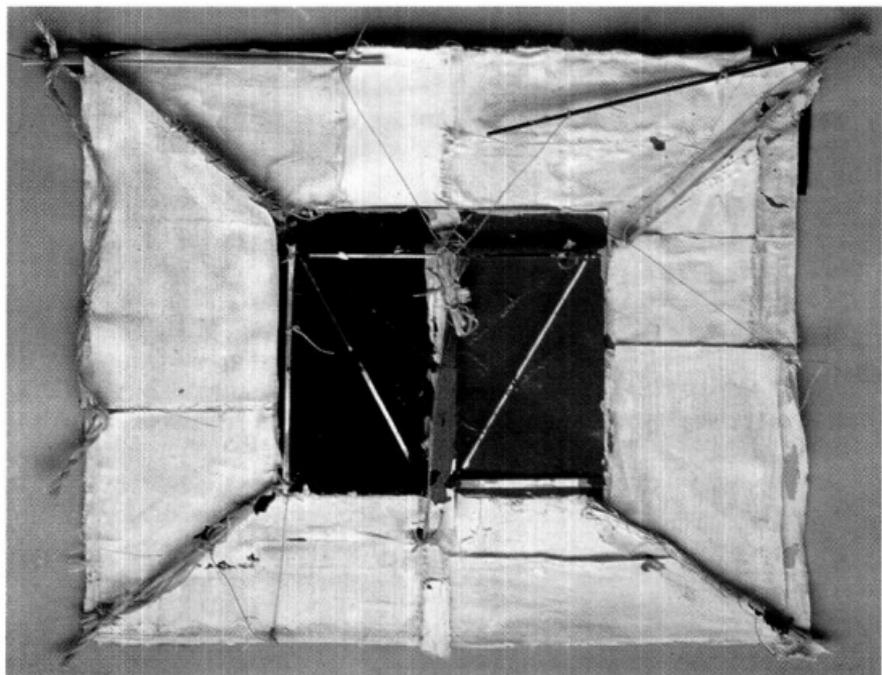
Pero el conejillo de Indias del profesor Jean Delay no extrae autoridad de sus “serios” servicios como conejillo, es decir, sobre el plano científico: finalmente, como se dijo, el experimento ha servido a la infinita gratuidad e imprevisibilidad del acto vital, del acto artístico, y la manera en que se ha concretado en el experimento “de laboratorio”, incluso en su vínculo con éste o aquel

* Zanzotto utiliza aquí la palabra *chimismi*, que designa el complejo de reacciones químicas de una función orgánica, como la digestión, por ejemplo. Recordemos que apenas unas líneas antes el autor se ha referido al interés de Michaux por los “jugos” corpóreos y que el prefijo griego “quimia” designa precisamente la mezcla de muchos jugos. (N. del T.)

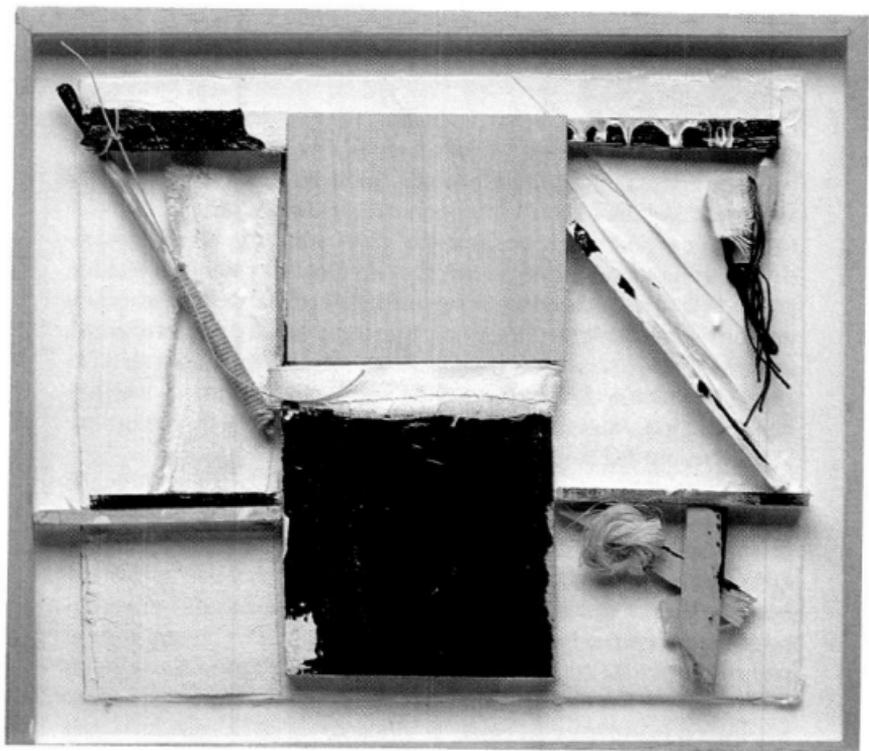
compuesto químico (sentido por Michaux como una persona, como un roi) es tan imprevisible y gratuita como el más gratuito délire a la antigua: pero reprimido, vencido en su lesividad potencial, relacionado claramente con una voluntad, con una lógica, con una dignidad humana. Ya no se trata de una enésima experimentación "audaz" de los efectos y poderes de las "drogas", con el halo relativo de débauche y dérèglement archiparisino y archidecimonónico, ni de la experiencia realizada fríamente, a un cierto punto, "como se realizan otras"; no estamos ni en Baudelaire, ni en De Quincey, y mucho menos en Huxley: aquí partimos de un alma rota y estremecida que lucha consigo misma y con sus propias fermentaciones, aunque sea atizándolas, para llegar a decir, en la "expérience par les gouffres", más allá de los "milagros miserables" y del "infinito turbulento", una palabra segura, una palabra verdadera y verídica. Sade había afirmado: "Licenciados, borregos, carceleros, legisladores, chusma tonsurada, ¿qué harán ustedes cuando estemos allí? ¿En qué se convertirán vuestras leyes, vuestra moral (...) cuando se demuestre que tal o mas cual mezcla de licores, un tipo de fibras o cierto nivel de acritud en la sangre (...) bastan para hacer de un hombre el objeto de vuestros castigos o de vuestras recompensas?". Esta amenaza, esta sombra pesa sobre el significado del hombre y es contra ella que apunta la obstinación de Michaux, del yo puntiforme que, en la lucha contra la droga, busca también el sentido y el dominio de esa "droga" que está en la base de la normalidad. El contacto con los compuestos químicos, despoetizados, desprovistos de su carácter heroico, esqueletitos en la estaticidad de sus fórmulas estructurales (a veces obra del hombre mismo), y sin embargo, paradójicamente, condiciones de cada dato psíquico, abre el sentido de la infinita separación entre la res extensa y la res cogitans, del escepticismo ante su relación constatada, del terror de vernos como sus esclavos. Pero abre también la esperanza de un control de esas condiciones, la posibilidad de constituir una tabla general de los significados y de los poderes que sobre el alma viviente (sobre esa alma que avanza filtrandose por los canales del carbono, del hidrógeno, del oxígeno, del nitrógeno: ¿y por qué justamente estos elementos?) ejercitan todas las sustancias que, apenas conocidas como condicionantes, dejan de ser tales, o que, antes de ser inventadas o descubiertas, le obstruían el camino a otros

modos de ser psíquicos. Un verdadero descendimiento victorioso del Logos a los Infiernos.

Michaux no llega todavía a instituir una verdadera "norma", está aún en su desierto ardiente, repleto como todos los desiertos, de alucinaciones. Es todavía un Jacob que no se ha convertido en Israel, que no ha sabido vencer, o adoptar el aire de haber vencido al ángel; o mejor, que no querido cerrar la partida, o que no ha encontrado el último exorcismo. Y quizás él, que tanto se ocupó de "exorcismes" trabaja en esta dirección justamente para dar la máxima fuerza a esta última fórmula, o carmen exorcizante, que es el "yo-soy", refutando toda posición intermedia y parcial, aceptando pruebas siempre renovadas. Por eso, a alguno de los "dos mil" lectores de hoy, Michaux puede parecerle un devoto de la enfermedad, del mal del yo solitario, un hombre que no sabe que tiene hermanos. Pero su "gran despecho" revela enseguida su severa función: de dique contra la salud de los "fäuloi", impotente, ficticia, mistificada, en espera de una posible salud finalmente adulta. A través de la "Grande Garabagne", más allá del reino de los Meidosems, como más allá de la psilocibina y del LSD 25 reaparece, despedazado, pero más fuerte, Henri Michaux, hombre, y hombre para todos los hombres. Los demonios, como en las fábulas, apenas vencidos se convierten en ángeles; y el demonio "cuyo nombre es legión" (la infinita legión de las sustancias químicas condicionantes o de las otras "maneras de ser") acorralado por el buen combatiente predica en voz alta "quien" es el "Hijo de Dios". Y los millones de enfermedades sirven de taburetes para los pies de la salud, bordan las mil variaciones de la gloria de la salud-salvación, que es una sola: "Confluencias incesantes de arroyuelos venidos de todas partes, que hacen la *douceur* de los depósitos, "salud", verdadero infinito, que sólo su extrema variedad impide encontrar infinito". Regresa la Heimat, la casa natal, la casa del padre y los hermanos. Y desde ese momento la obra de Michaux se convierte en el libro para cerrar o para tirar, o para leer con reservas: pero manteniéndose siempre como nuestro en la misma medida en que se quiera reconstruir un itinerario, conocer el precedente de un hombre "mejor", de un hombre realmente libre.



Historia 3 T. Z.
50 x 65 cm.



Sin título
26.5 x 30 cm.